

H. C. ANDERSEN, EN GRANADA

POR

AASE Y CARL LUPLAU JANSSEN

EN el año 1862, H. C. Andersen¹, nuestro celeberrimo compatriota, emprendió un largo viaje, cuyo propósito era visitar España. Iba en compañía de Jonas Collin², y el 6 de septiembre de este año atravesaron la frontera de España. Si se tienen en cuenta las comunicaciones difíciles de aquella época, viajó rápidamente, haciendo cortas paradas de algunos días, en las ciudades. Una de sus más largas paradas fue en Granada, donde llegó el 6 de octubre para salir el 21 del mismo mes por la tarde. Durante ese tiempo solamente hizo una excursión a Málaga. Como H. C. Andersen pasó más de dos semanas en Granada, tuvo tiempo para visitar y estudiar toda la ciudad y sus curiosidades numerosas. Será interesante, si es posible, seguirle en sus paseos por la ciudad, que nos ha pintado en su libro *I Spanien* (En España). Copenhague, 1863.

Por desgracia la estancia de H. C. Andersen en Granada coincidió con la visita de la Reina Isabel II. Los festivales e iluminaciones parecen haberle distraído mucho, de suerte que muchas veces nos da una descripción muy expresiva, pero de mero oportunismo. Andersen había deseado asistir a este acontecimiento. Ahora vamos a examinar más de cerca sus aventuras en la ciudad de Granada.

¹ Hans Christian Andersen, poeta y novelista danés, nacido en Odense, Dinamarca, en 1805. Hijo de un zapatero muy pobre. Especialmente conocido como autor de los cuentos de hadas traducidos en muchas lenguas. Ciudadano de honor en Odense, su ciudad natal. Murió en Copenhague en 1875.

² Jonas Collin, hijo de uno de los protectores de H. C. Andersen.

Para un visitante moderno de esta ciudad maravillosa puede ser un poco difícil orientarse con las descripciones de Andersen, pues muchos detalles del plano de la ciudad han sido cambiados desde su época hasta ahora. La carretera de Málaga le ha hecho pasar a través de Loja y Santafé cuya importancia histórica conocía muy bien nuestro autor. Hizo su entrada en la ciudad aproximadamente por el mismo lugar que un turista de nuestro tiempo, cuando llega en ferrocarril.

La carretera de Málaga, que tenía su final en la «Puerta de Elvira», termina ahora al sur del río Beiro. En nuestro tiempo vamos al centro de la ciudad por la moderna «Gran Vía de Colón», pero en la época de H. C. Andersen esta calle no existía, y era necesario tomar la estrecha y tortuosa «Calle de Elvira». Siguiendo esta vía alcanzó el distinguido hotel que se llama «Hotel Alameda», que ha existido casi hasta nuestra época. Ahora está situada aquí la casa de Falange. En tiempos de Andersen se llamaba «Fonda de la Alameda». La designación más distinguida y moderna de «Hotel» se la dieron después de esta época. Estaba situada en el lugar donde la «Carrera del Genil» se reúne con la Alameda, que menciona frecuentemente H. C. Andersen y se llamaba también «Paseo de invierno». La noticia de Andersen, de que el Teatro Principal está muy próximo al hotel es también completamente correcta. Sin duda pudo igualmente distinguir por su ventana del hotel, una parte de las cimas cubiertas de nieve del Mulhacén.

El poeta y su compañero no se quedaron aquí durante toda la visita a Granada, pues al día siguiente al de la salida de la reina, el 14 de octubre, han mudado su domicilio a la «Fonda de los Siete Suelos», que ha tomado su nombre de una puerta de las murallas de la Alhambra, por la que el último rey moro dejó este castillo. La puerta tiene siete suelos, parcialmente subterráneos. Los soldados de Napoleón destruyeron en el año 1812 una parte de dicha puerta, de suerte que algunos de los suelos han sido arruinados, pero ahora se trabaja para su reconstrucción. Aquí el paseo del Generalife sigue paralelo a la muralla roja de la Alhambra y la fonda estaba situada ante la puerta con la fachada al borde del paseo. Este hotel era muy reputado y desapareció ya en este siglo, posiblemente cerca de 1930. Allí hemos hablado con gentes que le han conocido y visto por sus propios ojos. Después de la visita de H. C. Andersen el dueño hizo construir un nuevo hotel al otro lado del paseo, el cual se llama ahora, como en aquel tiempo, «Washington Irving». En la época de H. C. Andersen había al otro lado de la calle un jardín circundado por un muro. Seguramente que este sector es la parte de Granada que H. C. Andersen ha visitado con la más grande atención. La extremidad occidental de la fonda estaba contigua al terraplén de entrada a la Puerta de los Siete Suelos.

Este terraplén existe todavía. Entre la fonda y la muralla de la Alhambra había

un pequeño jardín, del que se ven aún algunos vestigios. Sin duda H. C. Andersen ha caminado por estos lugares, temblando de frío y servido por un mozo que llevaba un vestido africano. Asombra que hubiera tan grande diferencia entre las temperaturas de aquí y las de abajo en la ciudad. La altitud de la Alhambra con relación al nivel de Granada es tan pequeña, que la diferencia no parece que pueda producir un efecto sensible. Todas las gentes que conocen este lugar, afirman que es muy abrigado. Desde aquí, la entrada del Generalife no está lejos. H. C. Andersen menciona también una pequeña venta junto a la entrada al parque del Generalife.

Esta venta existe todavía y se presenta como en tiempo de H. C. Andersen. Es simple, pero bajo los árboles sombríos, hay siempre muchas gentes que tienen sed. También el sendero entre las murallas de la Alhambra y el Generalife, que baja a un puente sobre el río Darro, parece no haber sufrido cambios desde la visita de Andersen, que nos describe de una manera viva su paseo por allí, una tarde oscura.

El Generalife despertó mucho entusiasmo en H. C. Andersen, que nos da una descripción pintoresca de su visita, y nos presenta una imagen algo distinta de este jardín maravilloso. Resulta interesante que viera algunas pinturas en el pequeño palacio, que después han sido retiradas por los marqueses de Campotéjar. En la época de H. C. Andersen el palacio producía una impresión menos desierta que en nuestro tiempo. Falta también aquí una mención a las vistas de la «Silla del Moro». Debemos pensar que a H. C. Andersen le han fascinado demasiado algunos detalles. Estaba, sí, encantado de la hermosura global del jardín, pero su mirada no se ha fijado concretamente en nada. Por otra parte, los personajes legendarios del libro de Washington Irving sobre la Alhambra, que dice él mismo haber leído muy asiduamente, parecen haber impresionado mucho su fantasía. También las numerosas fuentes y los antiguos cipreses le han encantado. Nos extraña y parece confusa su alusión a la «vía de los muertos».

La descripción de H. C. Andersen del paseo de la ciudad a la Alhambra es completamente exacta y vale también ahora. Habla del Pilar de Carlos Quinto, una fuente que simboliza los tres ríos de Granada.

Por otra parte le falta su memoria cuando habla de una avenida, que conduce desde la fuente de Carlos Quinto a la «Puerta de la Justicia», que se halla inmediatamente, algo más arriba un poco a la izquierda. En este lugar no hay avenida y nunca pudo haber existido, pero sí la hay a lo largo de la muralla en la dirección de la fonda donde vivía.

Entramos en la Alhambra en compañía de H. C. Andersen. Por desgracia se ocupaban aquí de adornar el palacio para honrar a la reina Isabel II, cosa que sin duda le impidió, hasta cierto punto, gozar de toda su hermosura. Supuesto que hemos visto

la Alhambra, no es muy difícil seguirle por los lugares que especialmente han despertado su atención. H. C. Andersen pasó a través de todo el palacio y se muestra entusiasmado de cuantas impresiones de hermosura inevitablemente recibe por todas partes, en este palacio de hadas. Sin embargo, era difícil para un inexperto formarse una impresión completa de sus diferentes valores. Especialmente nos sorprende que dedicara tan pequeña atención a la celeberrima fuente de los leones y que afirme que los leones están acostados. Los leones están de pie y siempre han estado de pie. Tiene quizás un poco de razón al decir que los pequeños animales son desmañados. Otros autores han dicho lo mismo antes que él, por ej. Theophile Gautier, pero ninguno les ha contemplado con ojos justos. En realidad tienen la más gentil expresión en sus pequeñas caras de piedra y si tiene un cuerpo grosero, es debido al efecto de fuerza necesario para llevar la pesada taza. La fuente de los leones tiene un mérito en absoluto culminante y es centro incontestable del palacio árabe. H. C. Andersen no parece tampoco haber dedicado bastante atención al magnífico jardín de «El Partal», que no se parece a «El Generalife» con respecto a su diseño y a su esplendor floral, pero son iguales en hermosura. La pequeña y graciosa mezquita parece que no llamó la atención de Andersen. Es preciso mencionar su descripción de la iglesia de Santa María, al lado del palacio de Carlos Quinto, y también su paso por la pequeña «Calle Real», donde trabajan ahora las bordadoras de mantillas al aire libre, y en la que, con expectación, vio cabras y asnos.

Sin embargo, nos quedamos un poco desilusionados de su descripción de la Alhambra, porque da sólo una imagen confusa de las maravillas del palacio árabe. Es muy extraño que no haga mención de un lugar tan destacado como las habitaciones donde vivió Washington Irving escribiendo su libro celeberrimo.

Es interesante leer la viva descripción que nos da H. C. Andersen de las fiestas celebradas para honrar a la reina, con motivo de su entrada en Granada. Observa especialmente la vida popular, y aquí podemos decir que su descripción está a punto. No haciendo caso del hecho de que durante el siglo pasado Granada fue modernizada, y prescindiendo de que los automóviles y la luz eléctrica hayan hecho su entrada, H. C. Andersen nos presenta una imagen, en verdad excelente, de la vida popular que todavía es válida en nuestro tiempo. Hoy no es posible dejar de notar la alegría despreocupada y el gozo de la vida, como se nos presenta por ej. en la plaza Bibarrambla, que él menciona. La prontitud caritativa y las sonrisas amables son todavía predominantes en esta ciudad hermosa y atractiva. Se debe creer que este tema le ha saciado, de tal suerte, que no ha prestado por ello ninguna atención a una gran parte de las otras curiosidades de Granada. Naturalmente, ha visitado el monasterio de «La Cartuja», que todos recomiendan como una cosa digna de ser vista. En verdad describe

de ella solamente la conocida cruz pintada por Cotán y por lo demás se limita a hablar de una manera sumaria del esplendor del oro, diciendo haber visto muchas cosas semejantes, de mejor gusto, en Roma. Andersen llegó al monasterio muy acalorado y cansado por el largo paseo al sol, y posiblemente se ha sentido menos sensible que usualmente a impresiones de hermosura. Es muy comprensible que nos dé una descripción completa del cuartel del regimiento de Córdoba, cuya organización le interesó mucho y que alaba cumplidamente. Había sido recomendado al coronel Larramendi, que le atendió cordialmente, le mostró muchas cosas de Granada, por ej. las colecciones de la Academia de Bellas Artes, que no parece le interesaran demasiado. No sabemos con seguridad dónde se hallaba esta colección en la época de la visita de H. C. Andersen, porque ha sido desplazada varias veces. Por otra parte, falta una mención de muchas curiosidades célebres como la «Casa de los Tiros», tan próxima a la «Fonda de la Alameda», detrás del teatro.

Más extraña su completo silencio a la Catedral magnífica, de la cual solamente dice que la reina la había visitado, y de la contigua «Capilla Real», donde el Rey Fernando el Católico y la Reina Isabel duermen el sueño eterno.

Seguramente H. C. Andersen no ha visto esos monumentos porque paseó poco por Granada, pues en ellos se siente una impresión sobrecogedora. Allí habla la voz de la Historia en los sarcófagos de plomo, en las pinturas y en las otras cosas del pequeño museo de la Sacristía. En El Escorial solamente es posible recibir una impresión semejante. En cambio, tuvo los ojos bien abiertos al visitar las numerosas hermosuras y la intimidad que aún ofrecen los patios de los barrios antiguos de Granada. Especialmente le agradan las avenidas hermosas y observa el bajo nivel del agua de los ríos. Falta una mención del monumento a la reina Isabel y Cristóbal Colón, que se levantaba entre el Paseo del Salón y el Paseo de Invierno, a algunos pasos de la Biblioteca popular de Granada, y ahora está situado en una plaza al cabo de la Gran Vía, entre la calle de los Reyes Católicos y la Sierpe Alta, pero debemos perdonar a H. C. Andersen esta omisión, porque el monumento no fue erigido hasta el año 1892.

Naturalmente, H. C. Andersen no desatiende el Albaicín y el Sacro Monte. Su descripción de este paseo nos hace sentir su indudable conmiseración por los pobres habitantes de estos barrios. El antiguo Albaicín fue barrio morisco y rico en tiempos pasados. La impresión de la vida, sin consideración de los intereses turísticos, es ahora como en tiempo de H. C. Andersen cuando paseaba por aquí, la de pobreza, la cual le movió a poner unas pesetas en la mano extendida de una vieja gitana ciega.

La nota de Andersen sobre la visión de la luna a la salida del teatro es seguramente cierta, puesto que la luna estaba llena el 8 de octubre y por tanto visible en el cielo de las noches siguientes.

La descripción de Granada por H. C. Andersen es un libro de estampas pintorescas y el que conoce Granada evoca en él mucho de sus rasgos, pero Andersen no vio toda la ciudad por sus propios ojos, aunque tendría sin duda una impresión más completa de ella al leer las descripciones de J. Kornerup y de Christian Molbech. De todos modos, la ciudad de hadas ha hablado de una manera diferente al autor de los cuentos de hadas, que al turista ordinario.

El 21 de octubre Andersen y Collin montaron en la diligencia para volver a Málaga. La visita a Granada había terminado y con ella cerramos este libro, también de hadas.



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA
Patronato de la Alhambra y Generalife